

---

**Atocha 1977**  
Silvestre García

---

Esta novela está inspirada en hechos reales. Los personajes Tejada, Cerrá, Juliá y Carlo, así como las víctimas, son reales. El resto de personajes son creación literaria.

## Capítulo 1

Llevaba media vida intentando ser un faquir emocional. Caminar descalzo sobre la tristeza, el dolor, el desgarró. Sentirse liviano pese a los golpes, los desencuentros y las despedidas. Y lo había conseguido. En buena medida había logrado pasar de puntillas y sin magullarse por su vida adulta. Vida que no obstante, muchos catalogarían de gris.

Pero esa foto le trastocó. Mucho. Demasiado. En ella aparecía una mujer, el rostro de una joven de unos veinticinco años. Miraba a cámara con descaro, atrevimiento, o quizás simple simpatía. En blanco y negro. Él no conocía a la joven, no era una chica que le gustase, ni una pariente lejana que reencontrar. No era nadie. A ojos de faquir no era nadie. Pero esa imagen iba a transformar su gris realidad en brasas rojas que le aventurasen a caminar rápido.

La joven de la foto, semanas después de ser capturada por la cámara, se encontraría siendo apuntada nuevamente, esta vez por un subfusil *Ingram* de 9 milímetros. Era la única mujer de un grupo de abogados que se mantenían callados, de pie, frente al hombre armado. Cerrá, de cuarenta años, con barba rasurada y perfil afilado, mantenía en alto el subfusil mirando a los ojos al grupo de personas, maniatándoles con el simple gesto de encañonarles.

Juliá, mucho más joven y con aire despistado, había entrado en el despacho junto a Cerrá, pero había ido directo a las diferentes estancias del despacho.

Los abogados escucharon como caían al suelo objetos, parecía que Juliá estuviese buscando algo, o arrasando porque sí con el orden de los despachos. Tiraba estanterías, libros, teléfonos.

Le vieron salir de un despacho siguiendo el hilo telefónico, hasta llegar a otra habitación y romper algo. La joven miró a su compañero, como preguntándole "¿qué hacen, qué pasa?".

– Ha desconectado la línea.

Le dijo el hombre y, para tranquilizarla, le cogió la mano. Uno de los abogados, el que parecía mayor, harto de la tensa e inexplicable espera se encaró a Cerrá.

– Pero a ver, qué... ¿qué pasa aquí?

– Nada, aquí no pasa nada.

Le contestó Cerrá tranquilo, a la vez que cargaba su arma. El grupo tuvo

que volver a respirar el silencio espeso, como quien traga a la fuerza el humo en una sala de fumadores. Y rasgando ese humo por la mitad, un disparo.

Fuera, en el rellano del piso, haciendo guardia y caminando en un metro cuadrado, estaba Tejada. Al sonido del disparo pegó un respingo. Se asomó a las escaleras, y al no haber movimiento volvió a vigilar la entrada del despacho. Quedó más tranquilo al ver que todo seguía en orden.

Cerrá se dirigió a los abogados para aplacar el nerviosismo que se palpaba.

– A ver, daros la vuelta. Cara la pared, daros la vuelta. Y las manitas arriba, esas manitas arriba.

Tejada vio a todo el grupo de abogados girarse y quedar de espaldas a Cerrá. Junto a éste llegó Juliá, mostrando su arma. Agarrándola con fuerza, camuflando el temblor de su mano.

– Se me ha disparado...

Cerrá hizo callar a su compañero y señaló a los abogados para que les apuntase como hacía él.

Los abogados escucharon en la calle, a tres plantas de distancia, un coche. El único que había pasado desde que terminasen la reunión. O al menos el único que importaba que pasase. Pues el ruido de su motor desfilando junto al edificio donde permanecían cara a la pared, era la única esperanza de que alguien hubiese escuchado el disparo, de que alguien hubiese llamado a la policía o de que alguien acudiese en su ayuda.

Que detuviesen la pesada y absurda broma. Pero el coche siguió su trayecto. En la calle no había nadie. Nadie que desafiase el frío, y pasease junto a las empapeladas fachadas. Carteles de partidos políticos, de sindicatos, de agrupaciones pro amnistía. Carteles con miradas en primeros planos, miradas que llamaban al cambio, a la lucha, a la democracia. Miradas perdidas, testigos mudos de lo que iba a suceder al otro lado de la calle.

Cuanto más duraba el silencio, cuanto más sentían la invisible presencia de las dos armas a sus espaldas, más percibían la amenaza como algo tangible, cercano. Sentían el borde del abismo ante el que les habían hecho girar.

El hombre que había cogido la mano de la joven, se movió levemente, como queriendo protegerla con su cuerpo y evitar que la mujer quedase en primera línea de fuego. La joven de la foto, ante el gesto de su compañero, le sonrió muerta de miedo, sonrisa que intentaba mostrar las ganas que tenía de

abrazarle. De fundirse con él, de cerrar los ojos y despertar a su lado, como un domingo más. Tachar aquella noche de su vida y que llegase el alba. Cerró los ojos, y al abrirlos, el reflejo de los dos hombres con las armas seguía en el cristal de la ventana. Se escuchó a sí misma murmurar.

– Nos van a matar.

En la calle Atocha, como en todo Madrid, hacía un frío casi moscovita. Era Enero. 24 de Enero de 1977.

## 2

Todo se volvió negro, un negro absoluto que habría hecho dudar si tenía los ojos abiertos o cerrados. Pero, ¿para qué preocuparse de los ojos, si el cuerpo entero está en caída libre? Lo único que podía hacer era intentar caer lo mejor posible. Porque caer iba a caer. Ya lo hacía. Y mientras caía, su cuerpo iba chocando contra las piedras. Mejor. Con los golpes desaceleraría un poco y el impacto final sería menor. Así que se estiró y fue dándose contra el muro de rocas.

Lo peor era no saber a cuánto estaba del fondo. Se sorprendió así mismo concentrando el oído para escuchar alguna piedra dar contra el suelo.

Era increíble la presteza y agilidad de la mente, mejor dicho, de la intuición. Afilada intuición que le hizo escuchar unas piedrecillas tocar el fondo. Supo que iba a aterrizar y en un último y felino movimiento se giró como pudo en el aire, se protegió la cabeza con un brazo, e impactó.

Olía a tierra húmeda. Sintió el tacto del barro y la arena por su cara. El sabor ocre en su boca, mezclado con sangre. Encendió su linterna y se fue incorporando. Pudo. Al menos las piernas estaban bien.

Quedó recostado contra la pared rocosa. Sintió las magulladuras, la piel como dorso de caja de cerillas. Se palpó la cabeza, el rostro. Parecía que todo estaba en su sitio. Respiró hondo. Y sintió un pinchazo agudo en su brazo derecho. Trató de moverlo. Dolor. Ahí estaba. Se había roto el brazo. *Su puta madre. Pensó. Encima el derecho.*

Pero sin tiempo para autocompadecerse se puso en pie, con el brazo izquierdo se quitó la arena de la cara y alumbró la cueva. Estaba a unos cinco metros de la salida. Encontró la cuerda de seguridad. Sacó de su macuto un mosquetón, lo pasó por su cinto y lo enlazó a la cuerda con un nudo diestro.

Se llamaba David, y en contra del consejo de todo el mundo, disfrutaba haciendo espeleología solo. Una de las cosas que más le jodió de la caída es que de alguna manera, al menos ellos lo interpretarían así, daba la razón a quiénes le criticaban por descender sin compañía. Por ello no quiso pedir ayuda.

Cogió la cuerda, se asió con fuerza y con tan solo un brazo operativo comenzó a escalar. Tenía treinta y cuatro años y estaba en forma. Pese al casco y la suciedad, se vislumbraba su atractivo. Pelo corto, rostro afeitado y unos labios carnosos y atrevidos que contrastaban con su apariencia de chico bueno.

El sudor se le condensaba en la frente, se le mezclaba con la tierra y le caía en los ojos. Cerró y apretó los párpados. Parecía que llorase sangre. Mientras seguía ascendiendo comenzó a sonar una absurda melodía. Era su móvil, que vibraba y chillaba desde el fondo del macuto. David se trastabilló. *Puto móvil*. Gracias al mosquetón no volvió a caer, sino que quedó suspendido como un acróbata de circo al que le falla la suerte.

El teléfono seguía sonando. Con la rabia provocada por la inoportuna llamada, hizo acopio de fuerzas, se balanceó hacia la pared y terminó por escalar el último tramo. Sacó medio cuerpo y cogió aire. El sol pegaba rotundo y el cielo tenía ese azul absoluto que caracteriza el verano de Madrid. David recogió su cuerda, se quitó el casco y guardó el equipo en la mochila. El móvil dejó de sonar. David miró el teléfono: Siete llamadas perdidas de "*Antonio periódico*".

### 3

– Ni arriba, ni abajo, ni de la manera más sencilla del mundo. No se movía ni *pa* qué. Es más, peor... ¡se me puso a hacer el armadillo!

–¿El armadillo?

Silva conducía, mientras que de copiloto, animado y parlanchín, iba Esteban. Era casi madrugada y apenas había tráfico. Algún que otro coche veloz y camiones que entraban o salían de la ciudad. A Silva le divertía la manera en que Esteban trataba de hacerle reír. Cómo intentaba, y al final siempre conseguía, que olvidase un poco a Lidia.

La historia con Lidia fue el resumen de la historia de Silva con las mujeres. Ambos terminando una relación al descubrir que querían del otro una persona que no era. Que siempre supieron que no era, pero siempre esperaron

que se convirtiese en ella. Lo doloroso era, que a pesar de no ser quienes querían que fuesen, seguían jodidamente enamorados.

– Yo soy la tía, ¿vale? Pues se puso así.

Esteban se encorvó como si estuviese jorobado. Silva le miró sonriendo, sin perder de vista la carretera.

– Ahí, pues eso, haciendo el armadillo. Y yo, pensando, joder tía baja... que así no...

Esteban teatralizó la situación, simulando tener una chica delante suya, e hizo gesto exagerado de bajarle la espalda. Empujando primero con una mano y luego con las dos. Silva rió.

– Y si no peor. Cuando tengo que hacer la grúa.

Silva no le preguntó qué era eso de la grúa. Simplemente le medio sonrió y esperó a ver qué batallita le soltaba su amigo.

– Pues la grúa es cuando... Tienes a un pibón en la cama, has hecho lo más difícil. Acercarte, hablar con ella, seducirla... Y cuando ya estás en modo triunfal, va, la joía y se pone en plan... Bloque de mármol... Que el otro día, en serio, el otro día, me ligué a una que se me quedó tumbada en la cama, mirándome como... Yo que sé, como si fuese la primera vez... No la primera vez que follaba, sino la primera vez que veía a un hombre desnudo. A un ser humano.

– ¿No sería virgen?

Silva tenía 32 años. Barba de tres o cuatro días, pelo corto despeinado y aspecto desaliñado. Cuidadamente desaliñado.

– ¡¡Qué iba a ser virgen!!, ni de coña, que va. Creo. Bueno pues eso, que la tía mirándome como si fuese un ser extraño, le quito la ropa, me quito la mía, me tumbo sobre ella. Y sigue ahí, mirándome así.

Esteban abrió exageradamente los ojos y miró a Silva balanceando la cabeza, como si estuviese ante un extraterrestre. Silva volvió a reír.

– Yo le levanto una pierna. Le levanto la otra. Se las separo. Y ya ahí me mira en plan, "¿qué coño me estás haciendo?". Como si me estuviese inventando el Kamasutra.... Y era un simple y aburrido misionero que...

De pronto, interrumpiendo abruptamente la detallada narración de Esteban, un coche impactó contra un muro al otro lado de la carretera. El coche recorrió varios metros empotrándose y arrancando el quitamiedos, hasta que terminó por volcar, dando varias vueltas de campana. Todos los coches de su

carril tuvieron que maniobrar, frenar, y varios chocaron entre ellos para no comerse al accidentado.

– ¡Joder!

Esteban se volvió.

–Hostia puta ¿has visto?

Silva mantenía la mirada fija en la carretera.

– De refilón ¿Grave?

Esteban cogió su móvil para marcar. Silva, sin dejar de conducir, sacó de debajo del asiento una luz de emergencia que colocó sobre el techo del coche.

– No jodas Silva.

Pero Silva, ignorando a su compañero, activó la sirena. Ante la luz azul y el sonido serpenteante, los demás coches se fueron apartando.

– Nos van a dar las mil, joder. Llamamos a la ambulancia, a los munipas... A Sofía no le gusta que...

– Pero a nosotros sí.

En ese momento Silva sonrió cual adolescente a punto de lanzarse a una chica y pegó un volantazo. Se saltó la mediana, evitó zigzagueando a varios coches que venían de frente. Esteban conocía su pericia, sabía que lo tenía todo bien medido. Y así, en una maniobra digna de especialista de cine, se pasó e incorporó al carril opuesto.

Cris tenía apilados un buen tocho de folios. Estaba sentada frente a la mesa de su dormitorio. Que también era estudio y, por las cáscaras de mandarina y yogures vacíos, parecía que también hiciese las veces de comedor. Con un subrayador amarillo iba marcando las partes más importantes de un texto fotocopiado. Lo hacía de manera rápida, eficaz, aunque no apasionada, sino como un trámite que quitarse de encima. No estudiaba. Aunque tenía pinta de estudiante. Estaba aclarando y sacando a limpio ideas, datos y fechas para el que se había convertido en su primer trabajo serio. Quería hacerlo bien, no para demostrar nada a nadie, sino para poder seguir haciendo lo que tanto le apasionaba. El periodismo. Acababa de terminar la carrera y ya había conseguido un humilde puesto. No le importaba que muchos la acusasen de enchufismo. Ella sabía que no era así. Y aunque así hubiese sido, tampoco le



hubiese importado la opinión de los demás. Nunca se rigió, ni cambió lo más mínimo de su actitud por el qué dirán. Su brújula era ella, su sentir, su palpitar. Y en aquel momento el norte estaba en ese trabajo en el periódico.

Cris tenía 22 años, una piel suavemente pálida que invitaba a la caricia, labios pequeños y unos ojos con la sencilla belleza de aquellos que sonrían antes de pensar. Llevaba unos tapones amarillos para aislarse y concentrarse en su tarea. No obstante, en un momento dado, le pareció escuchar algo. Se quitó uno de los tapones. Un golpe en la pared junto a su cama le hicieron quedar alerta. Se giró. Escuchó unas risas. Murmullos. Se quitó el otro tapón. Gemidos. Cris hizo un gesto de hartazgo y resopló pensando *¡Otra vez!* La guarra de su compañera había vuelto a pillar justo la noche que ella tenía que terminar de leerse ciento y pico folios. Cris se volvió a colocar los tapones y se los ajustó con fuerza. Reanudó su tarea, fluorescentes líneas subrayadas. Ya no escuchaba nada. Estaba de nuevo con sus frases, fechas, y nombres de políticos de la transición. Pero al poco no pudo evitar la curiosidad y miró hacia la pared.

Dudó un momento y finalmente se quitó los tapones. Los gemidos iban incrementándose. Parecía que estuviesen en su propia cama. Una ligera vibración de deseo recorrió a Cris, como un relámpago que iluminase su libido. Su compañera de piso y su ligue incrementaron el ritmo. Cris se retrotrajo a la época de los exámenes de selectividad, cuando se encerraba a estudiar largas jornadas, con la presión de tener que sacar una nota alta. Horas y horas de estudio que eran amenizadas con furtivas masturbaciones. Placer sin aparente sentido, pues no tenía el menor estímulo alrededor. Tan sólo, la necesidad de evasión de un cuerpo enfrascado en lo mental. Así que Cris, contagiada por la sexualidad que danzaba a un dique de distancia, soltó el subrayador, los tapones. Dejó los folios. Se tumbó en la cama junto a los gemidos y dejó que su mano se deslizase por el interior de su pijama.

Silva y Esteban permanecieron un rato sentados en el coche sin hacer nada. Nunca se lo decían, pero a ambos le agradaba la tranquila presencia del otro. Disfrutaban esas pausas en las que se supone que nada sucede pero que alimentan y enriquecen para cuando se ha de actuar. Pequeñas siestas existenciales en forma de rudimentarias esperas o silencios compartidos. Silva

iba manchado de sangre. Finalmente se desabrocharon los cinturones y salieron.

–Se te olvida el chivato.

Silva se giró, sobre el techo del coche permanecía la luz de emergencia magnética. La despegó y la guardó en su sitio. Se dirigieron a la entrada de la comisaría. Era un edificio nuevo, feo, de esos que buscan la practicidad y olvidan la estética. Una enorme caja de zapatos bien compartimentada. Junto a una urbanización edificada en el reciente boom inmobiliario. A las afueras de la ciudad.

Antes de entrar, Silva reparó en algo que había en el suelo. Se trataba de un sobre, alguien lo había dejado apoyado junto a la puerta de la entrada. Bien colocado para que se leyese un sencillo lema: "*Importante*".

– ¿Qué coño?

– ¿Alguna admiradora?

Silva cogió el sobre. Lo examinó por encima. No tenía nada más escrito. Estaba limpio, como si lo acabasen de poner allí. Silva miró alrededor, pero las calles estaban desiertas. Levantó el sobre, dirigiéndolo a la luz de una farola, tratando de ver al trasluz qué podía contener. Pero no se veía nada.

– ¿Lo abro?

– A ver si va a tener Ántrax. – Le advirtió Esteban. – O un condón podrido.

Silva agitó un poco el sobre, por el ruido y el peso daba la sensación de tratarse tan sólo de algunas hojas. Silva miró la carta, dudando si debía abrirla allí mismo, o escanearla, o pasarla por algún tipo de detector. En ese momento, y sin que tuviesen tiempo a reaccionar, salió Sofía, inspectora jefa y su mando inmediato.

– Hombre, los de las horas extras que se meten en líos que no les toca.

Silva y Esteban se giraron al unísono, y también sincronizados, saludaron con un monocorde. – Buenas noches.

Sofía se acercó a Silva. – Te has manchado de tomate.

Silva se miró los restos de sangre. Al hacerlo, Sofía le cogió el sobre.

– ¿Qué es esto?

Antes de que respondiese, Sofía lo abrió.

– Estaba ahí.

Sofía sacó varias hojas, las desplegó. Silva pudo entrever un listado

escrito a ordenador. Pero nada más, pues Sofía se guardó la carta sin darle mayor importancia.

– ¿Qué es?

– Nada.

– Pero, ponía importante, y...

– Es un simple anónimo, de muchos. Iros a descansar. Ya haréis más horas extras mañana.

Sofía se marchó hacia su lujoso coche, era la única en todo el departamento que lucía, o podía permitirse lucir, un buen coche. Le gustaba proyectar una imagen de autosuficiencia, mezclada con erótica de poder, que a sus subalternos dejaba muchas veces fuera de juego. ¿Era todo fachada?, ¿o era una pose? Como esos entrenadores de fútbol que se construyen un personaje para presionar a sus jugadores, y forzarlos a que hagan bien su trabajo.

– Esta si que necesita que le hagan la grúa.

Esteban tiró un poco de Silva y entraron en comisaría.

## 6

Con setenta años tomaba el café bien caliente, que quemase incluso. Le encantaba sentir la vida que asomaba a su espalda, tras la cristalera que daba al centro de Madrid. No se lo confesaría a nadie, pero una de las cosas que más le complacía del trabajo era que su despacho diese al patio de un colegio.

Escuchar el juego de los niños en el recreo le aligeraba el alma. Como una pieza de música clásica, le hacía sentir que todo encajaba: risas, balonazos, el escondite... a escasos metros de su serio escritorio.

Leía el periódico, bebía café y chequeaba el programa de correo que le informaba de los más de cincuenta mails por responder. Se llamaba Antonio y era el jefe de la redacción de un importante periódico cuando llamaron a la puerta.

– Adelante.

Con algunas magulladuras y el brazo derecho escayolado se asomó David.

– Pasa, pasa.

Antonio se incorporó ofreciendo su mano izquierda para saludarle. David se la estrechó sin demasiada fuerza.

– ¿Qué, sigues con la espeleología, no?

Antonio se sentó y señaló la silla frente a David.

– Siéntate. Bueno, ¿qué tal todo? ¿Qué tal tu madre?

A David le costaba relajarse en el despacho de Antonio. No era la primera vez que iba allí, y no le gustaba bajar la guardia. David se sentó.

– Bien, bien, como siempre.

David desafió con su silencio a Antonio. Tendría que ser directo. No le gustaba estar allí, y quería dejarlo claro. Antonio le sonrió. Ya conocía su insolencia educada.

– Quieres que vaya al grano, de acuerdo. Me gustaría que colaboraras con nosotros.

– No soy periodista.

Sonó el móvil de Antonio, quien antes de cogerlo hizo gesto de disculpa.

– Dime. Perfecto. Sí, así tal cual... sí, sí. Di que te lo he dicho yo. Muy bien.

Colgó y volvió a la conversación, como si no hubiese habido llamada alguna.

– No eres periodista. Ya, pero tampoco ejerces de abogado. Acabas de dejar el bufete, ¿no?

David asintió, percibiendo el primer directo y pensando "*¿Cómo coño se ha enterado? Mamá...*"

– Es una colaboración puntual. Para un reportaje. Necesitamos alguien que se ocupe de la parte jurídica.

– ¿No tenéis un especialista en derecho?

– Sí, pero no se apellida Sánchez.

David sintió que la silla se le hacía cada vez más pequeña, se movió sobre ella.

– ¿Un reportaje? ¿De qué?

– Ven conmigo...

Antonio le descolocaba a propósito. Ya lo hizo cuando no le quiso contar nada por teléfono. –"Mejor en persona"– Le dijo. A David esas cosas le cabreaban, hablarlo en persona... ¿para qué? ¿por qué no lo hablaba en el momento y fuera? Era más fácil negarse a lo que fuese que le quisiera enredar en la distancia.

Pero ya estaba allí. Acompañando a Antonio por su redacción. Matutino

ajetreo de redactores al teléfono, en los ordenadores, sentados al borde de sus mesas, asomados a la puerta de otros despachos. Cafés, papeles, fotografías.

Antonio llevó a David a una zona más alejada. Junto a una ventana, en un pequeño escritorio, se encontraron con una joven imbuida en sus papeles.

– Cristina Cuellar.

Cris, al encontrarse de sopetón con el jefe de redacción y un atractivo desconocido, no atinó a ponerse de pie para saludar. Y lo que fue peor, al presentarse no se dio cuenta del brazo escayolado de David y le tendió con normalidad su mano derecha, a lo que David respondió con un gesto forzado y doblado dándole la izquierda.

– David Sánchez.

Cris se sonrojó un poco. Pues además de la torpeza demostrada, se quedó mirando los labios de David algo más de la cuenta. No sabía si lo habían notado, pero temió que sus pensamientos se transparentasen. Así que nerviosa, desvió y preguntó a David señalando su brazo.

– ¿Qué? ¿Fútbol, kárate, o caída tonta? – A Cris le hubiera gustado taparse la boca a sí misma. Pero lo único que hizo fue enrojecer aún más. Antonio encauzó.

– David hace espeleología, y es el abogado que va a colaborar con nosotros.

– Aún no he dicho nada. – Advirtió David.

Volvió a sonar el móvil de Antonio. – Sí, le he dicho que sí. Si hacemos las cosas, las hacemos bien. Venga. – Colgó. – Disculpad. Cristina, ¿le podrías contar a David por qué le necesitamos?

Cris se aclaró un poco la voz.

– Sí claro, a ver... esto, el tema trata, el reportaje, sobre la matanza de Atocha. La de los abogados del 77.

David hizo un gesto afirmativo. Conocía el crimen. Cris comenzó a detallar, y según lo hacía evidenciaba su manejo del caso. Y sobre todo, traslucía el gusto que le provocaba exponer y hablar sobre ello. Extrañaba un discurso seguro, desenvuelto y apasionado, en alguien de 22 años.

– La gente se cree, o se le ha contado, que la transición fue de lo más tranquila y pacífica, pero no fue así, o en parte no fue así. En el 77, antes de las elecciones, con el clima caldeado porque se rumoreaba que iban a legalizar al partido comunista, en una sola semana asesinaron a diez personas. En una

manifestación pro amnistía, un extremista perteneciente a Cristo Rey, osea de la triple A, mató al joven Arturo Ruiz. Al día siguiente, en protesta por dicha muerte, sería otra joven quien muriese, esta vez a manos de la policía, María Luz Nájera. Un bote de hubo disparado a bocajarro. En paralelo el GRAPO secuestraba a un teniente coronel. Y la misma noche que murió la joven, se produjo la matanza de los abogados. Tres hombres entraron en el 55 de la calle Atocha. Se plantaron en el despacho, los pusieron cara a la pared y les dispararon a quemarropa. Así mismo, esa misma semana, ETA mató a dos policías y un guardia civil. Se conoce como la semana trágica de la transición.

– A los de arriba les gustó el especial que hicimos sobre el 23-F, y quieren más.– Aportó Antonio.

– Sí, y necesitamos a alguien que controle de derecho. El juicio por la matanza fue muy polémico. Era la primera vez desde la guerra civil que se sentaba en el banquillo a miembros de la derecha. Además, poco antes de iniciarse la vista, Tejada, uno de los acusados, recibió un misterioso permiso y huyó. A día de hoy sigue en paradero desconocido. De hecho, siguen sin saberse muchísimas cosas, cabos sueltos sobre quién ordenó y organizó todo... No fue un simple crimen...

– Bueno, bueno, pero os ceñís a lo ocurrido... No la juzgues por su juventud, en la universidad era la más espabilada de mi clase. Hizo un trabajo soberbio sobre la matanza. Seguro que hacéis buen equipo.

– ¿Equipo?

– No eres periodista. Además, tu brazo... Necesitas trabajar con alguien.

Cris sonrió forzada a David. Había detectado la incomodidad de éste ante el comentario de Antonio. Se sintió como el último niño que queda por ser escogido para el partido del recreo. Y Cris de eso sabía, siempre fue la última elegida. No por ser mala jugando, si no por ser la única chica que se atrevía a ir con los niños.

A David le sobrevino un dolor en el brazo, trató de ocultarlo. Miró su reloj y sacó un frasco de pastillas. Cris educada le mostró una botella.

– ¿Agua?

– No gracias.

– Está medio vacía, pero no he bebido. La he usado para la planta.

Junto a su ordenador había una pequeña maceta con una plantita que comenzaba a florecer. David volvió a negar.

– No hace falta, sólo son dos pastillas.

David se tragó las dos pastillas, carrasqueó un poco y arqueó las cejas mostrando que ya había tomado una decisión.

– 1977... Pues lo siento, pero me queda lejos.

David tendió la mano a Antonio. Cuanto antes se retirase, mejor.

– ¿Seguro?

– Seguro. Gracias de todos modos.

Cris esta vez sí atinó a levantarse y darle la mano correcta. Lo que no se atrevió a hacer fue besarle. Le hubiese gustado darle dos besos, sentir la cercanía y oler de soslayo al joven que tanta curiosidad le había despertado, y que ya se marchaba.

– Encantada.

– Encantado.

David se alejó, acompañado de Antonio, sin volver la vista atrás. Vista que sí mantuvo Cris. David le había dejado intrigada. ¿Por qué era tan serio? ¿Estaba triste? ¿Aburrido? ¿Enfadado? Tenía algo. Cris acarició las hojas de su planta, se sentó y volvió a quedar sola.